

Políticamente correcto

HUGO ENRIQUE SÁEZ

En la idea tan en boga de comportarse de acuerdo con estándares de corrección política, me parece que hay un craso error, manifestación de una deliberada amnesia histórica. En principio, se supone que un uso adecuado del lenguaje impide hacer referencias ofensivas para grupos humanos identificables en el seno de la sociedad. Hasta aquí el objetivo parece razonable. No obstante, es probable que algunos nostálgicos todavía recuerden los discursos foxianos plagados de giros ridículos (“chiquillos y chiquillas”) que encubrían una conducta deleznable del círculo presidencial. Con su ignorancia, este personaje nefasto llegó a pensar que sería elegante decir “habitantes de la ciudad de Puebla y Pueblo”. Más allá del chiste fácil, lo cierto es que después de lavarse la conciencia con expresiones “políticamente correctas”, este individuo y su familia se lanzaron al asalto de la presidencia y de cuanto bien encontraran a su paso. Similares casos, menos resonantes y no tan dañinos, ocurren a diario con gente que está convencida de su elegancia al enviar mensajes electrónicos utilizando el giro “estimad@s coleg@s”. ¿Nadie les ha dicho que es repugnante esta práctica de falsa diplomacia?

Ahora bien, el poder exige desde todos los ángulos que nos comportemos con corrección política. A primera vista se presenta como una propuesta positiva orientada a respetar la igualdad de los diversos actores sociales. En cambio, también podría juzgarse como una forma elegante de legitimar la censura del lenguaje. Lo peor de todo es que los marginados (homosexuales, sirvientes, indígenas, los discapacitados y demás) aceptan que se los designe con eufemismos aberrantes. En nuestros días se prefiere decir gay o “de preferencias sexuales diferentes”, en lugar de “maricón”, “joto”, “perverti-

do”, términos que de todos modos se siguen empleando en la vida cotidiana. Sirvienta es una palabra que suena horrible en la “democracia” y ya hay patronos que la sustituyeron por “asistente” cuando hablan con amigos, aunque en privado siguen ofendiendo con “chachas”, “gatas” y demás epítetos. Los indígenas pasaron a ser “pueblos originarios”, mientras que de forma paralela una dizque animadora de televisión insulta a sus invitados exhortándolos a que no sean “indios”. Se ha descubierto asimismo que “capacidades distintas” tienen los discapacitados, lo que se afirma para traer consuelo a sus padres. Este nuevo bautismo colectivo de los sujetos sociales se realiza en nombre de respetar las identidades y la diversidad. En realidad, lo que esta operación produce es una sutura endeble de las tremendas desigualdades y asimetrías que nos separan en el tejido social. Quienes pergeñaron esta estrategia quizá se imaginaron que invocando estas denominaciones absurdas desaparecerían los problemas.

Sin embargo, correspondió a los anarquistas y comunistas del siglo **xx** emprender una auténtica campaña de “corrección política”, a los que en la siguiente centuria se sumaron Freud y su banda, además de numerosos movimientos sociales. Aquellos remarcaron el hecho de que la iglesia, el estado y el sexo son tres ídolos a los que se les rinde pleitesía sin reflexionar acerca de su verdadero significado. Así nos alecciona Bakunin, ese revolucionario enfrentado a Marx: “la idea de dios implica la abdicación de la razón humana y de la justicia humana; es la negación más decisiva de la libertad humana y lleva necesariamente a la esclavitud de los hombres, tanto en teoría como en la práctica”. Un ateísmo que apuntaba a los administradores de lo sagrado, los sacerdotes organizados en distintas iglesias. Antes Feuerbach, hegeliano de izquierda, había escrito que “no es dios el que ha creado al hombre, sino el hombre el que ha creado la idea de dios”.

Max Stirner, ese individualista radical, escribía que “El Estado es el señor de mi espíritu, quiere que crea en él y me impone un credo, el credo de la legalidad. Él ejerce sobre mí una influencia moral, reina sobre mi espíritu, proscribeme yo para sustituirse a él como mi verdadero yo.” Muy lejos estas ideas de la hegeliana concepción del estado como un poder universal y neutro. Al credo de la legalidad se sumarían nuevos credos en los siglos siguientes: el de la democracia, sobre todo.

Por último, Wilhelm Reich, autor de las nupcias entre marxismo y psicoanálisis, escandalizaba las almas puras al sostener que “La Iglesia y la ciencia burguesa han presentado el onanismo de los niños y adolescentes como un vicio grave, como un fenómeno peligroso y nocivo para la salud. Sólo la sexología moderna considera el onanismo como una forma transitoria totalmente normal de la sexualidad infantil y adolescente.” Son estos hombres, perseguidos, encarcelados, aborrecidos, los auténticos pioneros de una necesaria corrección política: nombrar las cosas por su nombre, al pan, pan; y al vino, vino. La mojigatería del poder actual, incapaz de mostrarse tal como es, quiere invertir los términos y encubrir sus fines inconfesos. Marx sostenía que los gobernantes de-

bían ser considerados una camarilla al servicio de la burguesía, término que se convirtió en una descripción perfecta de aquellos cuyo único propósito es la acumulación de riqueza en manos privadas. Desde entonces “burgués” designa un tipo social despreciable. Propongo retornar a la fuente de la estrategia política subversiva y empezar a corregir los nombres con que el poder se enmascara. Se podría empezar por hacer un strip tease en plena calle de las palabras “instituciones” y “ley”. Es incorrecto que designemos como instituciones neutras lo que en realidad son disfraces. Quizá asistiríamos al espectáculo de cuerpos hechos a base de siliconas y cirugías políticas.

Políticos eran los de antes, con el cinismo a flor de piel y con un soberano desprecio por las formas. Uno de ellos, en cuernavaca durante el echeverriato, comentaba en una cena, con algunas copas encima: “Lo que más coraje me da no es que me hayan exhibido como corrupto, sino que me dejaron como pendejo. Sí, porque sólo un pendejo roba 500 millones de pesos siendo secretario de estado”. Se refería a la acusación de un desfalco por esa cantidad durante su administración, lo que le valió un breve paso por la cárcel debido a la denuncia de un contrincante político que le arrebató la gubernatura de Veracruz. ■



Alejandro Caballero